

Una imagen y mil palabras: violencia contra violencia en imágenes de la Dictadura Militar Chilena¹

Resultado de investigación finalizada

Grupo de trabajo: 24, Violencia, democracia y seguridad. Defensa y promoción de derechos.

María Angélica Cruz
Instituto de Sociología, Universidad de Valparaíso
María Ignacia Banda
Instituto de Sociología, Universidad de Valparaíso
María José Reyes,
Departamento de Psicología, Universidad de Chile
Marcela Cornejo
Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile

Resumen

La imagen fotográfica, ha sido el soporte que ha permitido en todo el Cono Sur hacer pública la prueba y conmemoración de quienes fueron objeto de la violencia de Estado. Al recurrir a ellas como vehículo ya no sólo de prueba, sino de elaboración de relatos sobre el pasado reciente en Chile, se hace acuciante una reflexión sobre las interpretaciones que estas provocan, para trabajar en la construcción de puentes entre las distintas formas de hacer memoria que resulten de utilidad para pensar el presente. A partir de una investigación recientemente finalizada en torno a las memorias sociales de la dictadura, esta ponencia indaga en aquellas interpretaciones, en busca de matices de la violencia de estado que permanecen, aun, invisibles.

Palabras claves: Violencia – Memorias de la dictadura – Imagen

Problematización

Al cumplirse cuarenta años del Golpe Militar en Chile, no son en absoluto desconocidos los hechos de extrema violencia física contra los cuerpos que han sido e documentados en distintos formatos a lo largo de la llamada “transición” democrática en el país. Frente a la evidencia de una larga lista de atropellos flagrantes a la integridad física de las víctimas directas se configuran, desde el término de la dictadura, políticas no sólo de reparación, sino sobre todo políticas de memoria. Estas son impulsadas en un principio por sectores reducidos de la sociedad, pero asumidas por los gobiernos como una necesidad institucional: instalar en la memoria colectiva cierta noción de lo ocurrido en dictadura y asegurar, respecto de las violaciones a los derechos humanos, un debido reconocimiento público. Sin embargo, los debates sobre la memoria en las ciencias sociales han destacado con frecuencia que hacer memoria responde a una necesidad colectiva rara vez unánime, de versiones, énfasis y perspectivas encontradas, donde más que un enfrentamiento entre la memoria y el olvido, lo que existe es un enfrentamiento que se da “memoria contra memoria” (Jelin 2002); un enfrentamiento entre sectores

¹ Esta ponencia se basa en resultados no publicados del Proyecto Fondecyt N°1110411 “Memorias de la Dictadura Militar: voces e imágenes en la dialogía intergeneracional” a cargo de las investigadoras Marcela Cornejo, María José Reyes y María Angélica Cruz.

políticos que se actualiza constantemente y responde a las necesidades y preguntas actuales sobre lo que se entiende como central en el pasado reciente.

En todo “hacer memoria” de los escenarios dictatoriales y pos-dictatoriales, la fotografía y la imagen han sido una poderosa herramienta para el acto testimonial, como ilustran las numerosas fotografías de rostros desaparecidos y escenas de represión, utilizadas en las labores de búsqueda, investigación y difusión sobre los horrores que tuvieron lugar en dichos contextos, sin olvidar además la conmemoración. Así, frente a las dificultades para narrar el horror y la violencia, en este caso la violencia de estado, no es poco usual asistir a una asociación que puede resultar creíble pero se revela, a la luz de las reflexiones actuales, inexacta: “una imagen” –se dirá– “vale más que mil palabras”. Si bien se ha reconocido, a partir de las discusiones posibilitadas por la filosofía del lenguaje durante el siglo XX, que el mismo se halla imposibilitado para representar la totalidad de los aspectos de la vida humana, es sabido que la imagen se encuentra muy lejos de “suplir” dicha función. La interpretación de una imagen, como apunta Da Silva (2010), responde siempre a un marco de referencia. Es posibilitado por una ideología y un espacio social determinado, y su uso como respaldo o fundamento de una idea no se desprende, sea cual sea la elocuencia de la imagen, de un contenido inapelable, sino del proceso en que se produce la interpretación, siempre dialógico, esto es, una construcción que, de una u otra forma, responde a otro (Reyes, 2009). Visto así, no hay un relato sobre la violencia, sino más de uno; violencia contra violencia en la construcción de memorias nada homogéneas donde una imagen, más bien, provoca mil palabras.

Con el objetivo de indagar en la configuración del proceso dialógico intergeneracional en la construcción de memorias sociales sobre la Dictadura Militar chilena, a través de los discursos narrativos y fotográficos, este equipo llevó a cabo una investigación en la se produjo relatos de vida y discusiones grupales en torno a qué recordar de la Dictadura Militar chilena y con quiénes. Durante la construcción de los relatos, los narradores aportaron una serie de fotografías de carácter público y/o privado que les permitiese “contar su historia de la dictadura” (consigna utilizada en cada relato). Las siguientes páginas intentan proponer una interpretación de lo que sucedió cuando las mismas fotografías fueron presentadas a grupos de discusión de posición política de izquierda o derecha. Nuestra exposición explorará entonces los límites y continuidades de la violencia de Estado a partir de lo que las memorias actuales de la dictadura signan como violento al observar las imágenes.

Violencia política de estado y memoria dominante

Entenderemos aquí la violencia como violencia de estado basándonos en la noción de violencia política, siendo esta toda actividad de amedrentamiento sistemático o diseño del terror “dirigido a un sector de la población en razón de su ideología y su práctica política, que tiene efectos sobre el contexto social, desalentando la participación social en general y vinculando experiencias de muerte a la acción e ideología política de las personas” (Becker, et. al. 1990, p. 288 en Hernández y Blanco 2005, p. 7). En este caso, se trata de una violencia dirigida desde el estado, principalmente, hacia grupos que identifica como enemigos, o hacia individuos no directamente involucrados pero en nombre del combate contra aquellos grupos declarados fuera de la ley. Se trata de una violencia sistemática y organizada dirigida contra una ideología que pretende ser erradicada de la concepción de estado-nación y de las aspiraciones de la ciudadanía. Ante todo, es una violencia planificada, de orígenes administrativos, y con claros fines de exterminio.

A pesar de la clara direccionalidad de esta violencia -hacia los simpatizantes de la izquierda en general-, se ha señalado (Hernández y Blanco, 2005) que este tipo de violencia se caracteriza por su capacidad destructora de la vida social. Ello llama profundamente la atención en el marco de la conmemoración,

hoy en curso, de los 40 años del Golpe de Estado, toda vez que la conmemoración provoca inquietudes con respecto a la necesidad de conmemorar y su utilidad en el presente. Es precisamente desde la pregunta actual por la importancia de “recordar” que emergen renovadas preocupaciones por la violencia política de estado y su potencial desintegrador de los vínculos sociales claves para la vida comunitaria.

La violencia política –en este caso, de estado– exhibe, con notoria elocuencia, aspectos de lo que en los estudios del trauma psicosocial se entiende como una “desintegración masiva del mundo simbólico” (Hernández y Blanco 2005, p.14), es decir, una pérdida de certezas básicas que puede entenderse, a su vez, como una disrupción en la vida cotidiana de las víctimas, de profundos efectos sociales y políticos en la sociedad en su conjunto. Esto es así porque una característica central de esa victimización intencionada y meticulosamente preparada (la represión política) es su capacidad de “transformar el contexto social haciéndolo amenazador y traumatizante, con un gran potencial destructivo, incidiendo en las condiciones materiales de la vida, en la sobrevivencia psíquica, y en los significados y valores que constituyen en el sentido de la vida de los sujetos” (Lira, Bekcer y Castillo 1990, p. 39 en Hernández y Blanco 2005, p. 15).

Es frente a este tipo de hechos que aparecen en una sociedad como la nuestra las llamadas “luchas por las memorias” en la esfera pública, donde como apunta Elizabeth Jelin (2010), diferentes actores con la voluntad de presentar una narrativa del pasado se enfrentan, intentando lograr el reconocimiento del Estado. En la medida que este último comienza a reconocer los crímenes cometidos por el gobierno dictatorial comienzan a configurarse las así llamadas “políticas de memoria”, expresando la premisa ya instalada en otros escenarios modernos del terror estatal: “no olvidar”. Emergen así diversas iniciativas que se oponen a las estrategias de olvido-invisibilización y se encargan de insistir en que lo que *ha sido* efectivamente ha sido, confrontando cualquier intento de tender por sobre el pasado reciente un manto de invisibilidad. Una vez asumidas como tarea del Estado, estas políticas de memoria, tendientes a asegurar la negativa al olvido como premisa enfrentan, sin embargo, al menos tres escenarios: (1) La institucionalización de una cierta versión preferida de las memorias de la dictadura, (2) la ineficacia de los procedimientos para responder a las demandas colectivas de justicia, reconocimiento y reparación a las víctimas directas e indirectas de la violencia estatal y (3) el riesgo inminente de banalizar la memoria, es decir, el riesgo de que los esfuerzos conmemorativos y museográficos por configurar espacios de memoria devengan en una memoria *encapsulada*; una memoria empaquetada y almacenada en ghettos, que no interrumpa ni cuestione otros espacios de la vida cotidiana y produzca, finalmente, el olvido que pretendió evitar.

Siguiendo los trabajos de Ludmila Da Silva, los mencionados escenarios serían coherentes con el establecimiento de una “memoria dominante” (Da Silva 2010, p.49), entre cuyas sus principales características se encuentran (1) la delimitación de una temporalidad específica (1973-1990), restringiendo el análisis sólo a ese período, (2) el reconocimiento de sólo un tipo de víctima o privilegio por sobre otros (3) el monopolio de la idea de “violación a los derechos humanos” como algo que ocurre netamente en el período dictatorial y (4) el silenciamiento de las memorias de la lucha armada, desconociendo su aporte en las diversas acciones de desestabilización de la dictadura, pero también y sobre todo proscribiendo el debate en el presente. Tal como ha identificado Loreto López, puede decirse que, si bien “aquella narrativa cumple con una función ilustrativa respecto del pasado, (...) a medida q se reitera sistemática y compulsivamente, parece distanciarse cada vez mas de los amplios sectores de la sociedad que no tienen a la tortura, la muerte y la desaparición como experiencias centrales de sus memorias del pasado represivo” (López 2010, p. 62), acabando por convertirse estos últimos en meros espectadores del dolor ajeno. De allí la necesidad de volver sobre espacios íntimos en que cada cual es capaz de percibir en sus vivencias violencias cotidianas que pueden responder o no

a esta imagen. Es así que, en una suerte de segundo momento (post *visibilización* del horror) y frente a la construcción de una memoria oficial sobre la dictadura militar en Chile, las batallas por la memoria implican hoy un nuevo desafío: fundamentar el carácter activo de la memoria en función de los valores y necesidades del presente. Esto significa que a través de él pueda convocarse, estableciendo puentes comunicantes con las memorias banales (Da Silva, 2010), de violencias muchas veces inexploradas o silenciadas en aras de una “privatización de la memoria”, en que se separan las memorias privadas de lo que es de interés público (Reyes 2010).

Las diversas formas de organizar la experiencia que se condensan en una selección compartida de ciertas imágenes nos hablan de puentes significativos y cambiantes (Ricoeur, 1994) entre el hoy y el pasado. Auto-reflexiones mediante las que los sujetos han llegado a elaborar, como señala Chalffen, “una versión preferida de la vida que les sobrevivirá” (2000, p. 230). Considerando que al momento de producir, seleccionar y compartir una imagen no nos comportamos en forma azarosa (Chalffen 2000), dicha acción es en forma visible un ‘hacer memoria’ que va más allá del acto intuitivo del recuerdo, ya que tal como apunta Ricoeur, “se inscribe en una red de exploración práctica del mundo, de iniciativa corporal y mental que hace de nosotros sujetos actuantes. Por tanto, el recuerdo vuelve en un presente más rico que el de la intuición sensible, en un presente de *iniciativa*” (Ricoeur 2003, p. 162, cursiva en el original).

El ejercicio de recordar pasa por analizar el pasado y producir una interpretación del hoy, desentrañando las circunstancias en que la vida tal cual es llegó a ser, y desmentir así la estrategia quizá clave de la realidad post-dictatorial: “la vida, tal cual es, ha sido siempre así”.

Metodología del estudio

Un desafío que se abre ante lo anteriormente expuesto es, entonces, la pesquisa de las huellas de que aquello que permanece en un espacio íntimo, con miras a tender aquellos puentes entre las *memorias emblemáticas* y las *memorias banales* y evidenciar los vínculos entre, por una parte, la violencia de estado ejercida directamente contra los cuerpos y, por otra, los efectos sociales y culturales sufridos por un conjunto significativamente más amplio de la población, sino todos.

La investigación “Memorias de la dictadura militar: voces e imágenes en la dialogía intergeneracional”, tuvo por objetivo comprender cómo se configura en la construcción de memorias sociales sobre la Dictadura Militar chilena, el proceso dialógico intergeneracional, a través de los discursos narrativos y fotográficos. Para llevarlo a cabo, se proyectaron dos fases en la producción y análisis de los datos: una singular –relatos de vida– y otra interaccional –grupos de discusión–.

La primera fase se llevó a cabo a través de dos encuentros con cada uno de los narradores (25 en total). En el primer encuentro, invitamos al narrador a contar su historia acerca de la Dictadura Militar, mientras que en el segundo, se lo invitó a trabajar sobre fotografías que él mismo previamente debía elegir y aportar con el único criterio de que sintetizaran dicha historia, permitiéndole contarla a otras generaciones. Los narradores fueron reclutados de acuerdo a condiciones muestrales definidas teórica e intencionadamente: posición generacional, posición ideológica, posiciones respecto a la represión política (afectados directos o familiares de afectados directos y no afectados directos) y adscripción territorial (incluimos además de Santiago ciudades de Chile donde la Dictadura tuvo manifestaciones particulares: Antofagasta, Calama, Valparaíso, San Antonio, Concepción, Temuco). En cuanto a la segunda fase, se realizaron 6 grupos de discusión compuestos en función de los criterios muestrales definidos como relevantes, donde junto con conversar sobre la historia de la Dictadura, se trabajó con parte de las fotografías aportadas en los relatos de vida. Se intentó condensar así el triple acto de

recordar que atraviesa toda la investigación: recordar en un relato, seleccionar una imagen, y destinarla a otro, abriéndose a la voluntad y posibilidad de transmisión.

Para observar la interpretación de las imágenes elaborada por quienes las ofrecen como parte de la entrevista, el dispositivo analítico se compuso de una fase singular –análisis de cada caso y sus fotografías- y otra transversal –trabajo con todas las imágenes en su conjunto, de acuerdo a su pertenencia a un grupo etario o generación, buscando pistas de sentido respecto a cómo las posiciones generacionales están recordando la Dictadura-. En la presente exposición, hemos vuelto sobre aquellas imágenes, vehículo interpersonal de transmisión de memoria en el contexto de una historia de vida², a partir de nuestro segundo dispositivo, que considera las mismas imágenes como gatillo de discusiones grupales más amplias, en donde recobran, no sin matices, su lugar en las memorias dominantes, pero abiertas a nuevas interpretaciones.

Violencias en las imágenes discutidas por grupos de izquierda y derecha

Como adelantábamos, la violencia no aparece, por sí sola, en las imágenes. Las prácticas interpretativas de los estudios de la cultura visual defienden la noción de que el significado es dialógico, es decir, que “sucede”, más que existir a priori, en el acto de interpretación. El significado es “un diálogo entre observador y objeto así como entre sus contempladores” (Bal 2003, p. 20). No es de extrañar entonces que en el paso de la narración al grupo de discusión, cambien o se contrapongan los distintos significados otorgados a la imagen. Si esto puede ser aprovechado es, precisamente, por las características metodológicas del grupo de discusión, que intenta reproducir, justamente, discursos sociales e ideologías (Ibañez 2002, Canales 2006) más amplios que los reflejados en el diálogo con un solo individuo.

Para motivar la discusión a propósito de las fotografías, se instaló en grupos de discusión de izquierda o derecha la pregunta por cuáles serían las fotos que les gustaría dejar en una cápsula a ser abierta en 50 años más. A partir de ello, se da en los grupos una discusión tendiente a escoger dichas imágenes ya no en forma individual sino como resultado de un consenso grupal.

A pesar de cruces tenues que podrán ser discutidos más adelante, una primera observación en torno a los significados construidos en forma grupal en torno a la violencia en las fotografías es que en general las imágenes son leídas desde los códigos sociales ideológicos de interpretación, en que cada imagen recupera un significado emblemático a pesar de la interpretación particular que pueda haber dado de ella un narrador. En esto, izquierda y derecha como líneas de pensamiento e interpretación del mundo presentan, evidentemente, diferencias significativas.

Conforme a lo que podría esperarse según las narrativas vigentes sobre la dictadura militar (López, 2010), es un dato recurrente la centralidad que tiene para la izquierda el período mismo de la dictadura (1973-1990) y los horrores en ella vividos, lo que esperan quede plasmado en estas imágenes, mientras para la derecha lo central estaría en el preámbulo de caos de la dictadura (de la que culpan a la izquierda), y en “el lado bueno” de la dictadura.

“G: Mira la cola, es una lindura

A: Bueno yo también la dejaría, pa’ que la gente vea con lo que cargábamos, que no fue un mundo de hojuelas y que ni los militares fascistas atacaron la moneda por atacarla”

² Las historias de vida y las imágenes en el contexto de las narraciones son analizadas en profundidad en el trabajo aun no publicado “Imágenes para contar: memorias generacionales de la Dictadura Militar Chilena a partir de fotografías”, de Reyes, M.J., Cruz, M.A., Cornejo, M. y Banda, M.I. (en prensa).

Más allá de esta distinción básica, lo que puede aparecer como dato a discutir y en relación a la violencia de estado, es que para la izquierda hay por lo menos tres formas de referirse a la violencia, motivadas por distintas imágenes, mientras que para la derecha en general hay un déficit de imágenes con las que ilustrar sus posturas, por lo que aquellos que hacen el esfuerzo escogen en general imágenes no tradicionalmente asociadas a la violencia de estado, produciendo un choque de interpretaciones bastante llamativo, como se verá en lo sucesivo.

Izquierda

La izquierda selecciona en forma notoria tres tipos de imágenes: (1) aquellas que condensan las memorias emblemáticas hoy sólidas respecto del golpe de estado como un quiebre en la institucionalidad y la tradición democrática del país, (2) aquellas que dan cuenta de violencias menos visibles pero sin duda de gran impacto biográfico, (3) y aquellas que aparecen como in-descriptibles y son instaladas como huella del dolor. Siguiendo ese orden, la imagen del bombardeo a la moneda es la que genera mayor cantidad de intervenciones, matizando apenas levemente el acuerdo de que es algo inaceptable

“(…) la primera es la de La Moneda, porque es la destrucción de la sociedad chilena a través de una foto, la destrucción del ícono más importante”

“Entonces ahí se da el quiebre histórico, de la tradición republicana, a pesar de que habían habido golpes en la historia de Chile nunca había sido uno tan sangriento, que cambiara tan definitivamente lo que se había hecho antes.”

La Moneda parece condensar aquellas memorias sobre la violencia en tanto quiebre y cambio profundo, de un impacto tan grande que no es necesario ser de izquierda o haberlo vivido en el preciso momento del golpe, resultando así una imagen que aglutina diferentes experiencias generacionales, configurándose como una suerte de imagen de memoria inapelable

“mi mama siempre me ha dicho y yo he escuchado, que fue muy doloroso para las personas. Y mi mama me dijo que ni siquiera importaba el partido o la tendencia que tenias, que hasta los mismos que estaban apoyando este golpe, para ellos fue fuerte este bombardeo”

“(…) fue tan ilógico el bombardeo a La Moneda porque pudieron haber entrado y haber matado a Salvador Allende, o lo que haya pasado adentro, sin haber existido este tipo de ataque que es un patrimonio de los chilenos.

P: ¿Te preocupa el edificio? ((risas))

E: No pero lo que significa”.

“El horror, el dolor de lo que significo el golpe militar para muchas personas y también está la entrega. La valentía que tuvo Salvador Allende haber permanecido aquí en este lugar. Y creo que este es el, es como quien dice el mejor testimonio que podemos tener de lo que significo la dictadura, está reflejado lo que significó para todos la dictadura”.

Reflexiones similares surgen a propósito de imágenes del Estadio Nacional, que aparecen sin embargo más conectadas con la violencia vivida en carne propia o por cercanos, al contrario de “La Moneda” que se instala más bien como una afrenta simbólica de proporciones generales

“representan exactamente la violencia que otros de ustedes anotaron con el bombardeo a La Moneda, que a mi me parecen muy, comparto las opiniones que han hecho la mayoría de aquello. Pero esta fue la suerte de esa violencia, sobre las personas, sobre los cuerpos de hombres y mujeres ¿ya?”

J: De manera personal, es para mí una foto que representa mucho, mi mamá hasta el día de hoy no entra al Estadio Nacional, ni para las fondas, ni para nada, ni aunque esté jugando Chile contra Chile, no, nada, ella ni siquiera pasa por afuera, a mi abuelo se lo llevaron del Estadio Nacional, entonces pa’ ella es un período bien terrible de su vida, conserva traumas que a nosotros de alguna u otra manera nos ha traspasado con mucho dolor”.

En tanto, cuando una imagen de la tortura³ es interpretada fuera de su semejanza con el Estadio Nacional, remite a una violencia que va más allá de lo describable. Tal parece que las violencias son más fáciles de describir cuanto más se acercan a una afrenta generalizada y simbólica, mientras al acercarse al dolor del cuerpo van perdiendo términos para ser indexadas en una descripción a compartir

“V: Yo había elegido la de los torturados. Por mostrar la barbarie, de lo que puede llegar el ser humano, no me cabe en la cabeza todavía cómo alguien puede hacer cosas de ese tipo, a un, a uno igual a ti, solo porque piensas distinto, sí es eso, que pienses distintos, y te hagan hacer una cosa de este tipo”

J: Una foto horrorosa, creo cuando partí mis intervenciones, fue lo primero que dije, debe ser como la historia más horrorosa que alguna vez ha pasado, eh ay, te juro que no sé cómo describirlo”

Finalmente, aparecen las imágenes de la prensa de la época, cuyo titular es calificado como agresivo sin pudores, pero aparece además, conectado con el presente

“esta me llama mucho la atención por el lenguaje que se usa, es súper violento (...), o sea decir “dos menos”, chucha oh es como súper morboso y sin ninguna vergüenza”.

“A: Es que revela un poco el odio que había en el aire, en el ambiente, o sea era un lenguaje distinto, no era el lenguaje habitual. Y se fue instaurando, y se fue consolidando, y éramos los malos y los buenos, que todavía se escucha, ¿ah?, no nos engañemos, de repente hay algunos personajes que salen y rememoran el lenguaje de ese tiempo, está vigente”

No menos interesante, tanto en la izquierda como en la derecha, será observar las respuestas que dan los integrantes de los grupos de discusión a la pregunta por las imágenes que faltan. En el caso de la izquierda, se destaca la ausencia de los detenidos desaparecidos;

“A: Hay una foto de la agrupación de, de Detenidos Desaparecidos en que aparecen muchos, hay muchos rostros, creo que esa foto es bien decidora... todavía hay gente que te dice ‘algo habrán hecho’ ”

³ Se trata de la imagen de un trabajo de bordado en arpillera, técnica utilizada por las presas políticas. En ella se representan escenas tortura y algunos de sus métodos como el vendaje de los ojos y el uso de parrillas o “camas” eléctricas.

No obstante, las memorias emblemáticas ceden espacio en el imaginario a memorias subalternas que no forman parte del esquema dominante de las violaciones a los derechos humanos, en particular, imágenes sobre las distintas formas de resistencia:

“por ejemplo una foto de villa Francia, gente organizándose, haciendo ollas comunes. Cuando a pesar de que habían pocos recursos la gente se organizaba, (...) la organización social se llevó y se lleva a cabo hasta hoy día”

“y el atentado a Pinochet, porque la verdad es que ese día yo viví mucha alegría y miedo, la gente entre que estaba muerta de miedo de que hubiese ocurrido y otra, pucha si hubiese ocurrido qué rico hubiese sido, sí, fue inolvidable ese día”.

Derecha

Todos los grupos parten desde el desconcierto o la incomodidad de no encontrar fotos que los representen. Parece haber para ellos, dos tipos de imágenes: las que remiten a las memorias de la izquierda y las que ‘no dicen nada’, que son en general fotos que se distancian de lo emblemático o lo re-significan. No podríamos descartar, como primera reacción, una negación a escoger alguna foto, pues hay fotos que se señala “no me dice nada” y luego alguien sí escoge o describe.

“JC: veo por ejemplo esta de la estrella que es un diario (...) y dice 'mataron a person- dos menos' no me dice nada”

“G: tienen todas secretismo, es como contar una faceta de la historia”

Una reacción que tiene que ver igualmente con el rechazo es una interpretación apresurada de ciertas imágenes como queriendo defenderse, como si las imágenes de las memorias de la dictadura fuese algo con lo que han tenido que lidiar como sector político y les produjera incomodidad.

E: a estos dos⁴ los tenían detenidos, ¿serán desaparecidos?

Ma: y ¿hay alguna otra Erika?

E: eh sí. este cabro chico que él tiene ahí

Ge: Y ¿qué le paso? ¿lo secuestraron ¿lo mataron?

Lo cierto es que a poco andar van encontrando esquemas para hacer su propia interpretación, ya no tan a la defensiva, si no una que va, por una parte, a dar vuelta el significado emblemático, y por otra, a utilizar las imágenes menos tradicionalmente de izquierda para respaldar una postura de derecha. Respecto a lo primero,

“

La foto con la que mayor sintonía logra la derecha es la foto de una familia que posa sonriente ante la cámara. No deja de resultar llamativo que se trata de una foto proporcionada por una víctima indirecta de la represión, justamente para hablar de cómo la represión sufrida por los padres quebró a su familia, que debía mantener las apariencias pero que había dejado de ser “una familia feliz”. Para los narradores de derecha, la foto muestra la familia como bien a proteger por la dictadura, como algo que, o bien se perdió, o bien el comunismo estaba poniendo en peligro.

⁴ Se refiere a noticia cuyo titular señala “¡Dos menos!”.

“M: la verdad yo no estuve en el periodo del golpe de estado o sea, tenía un año, y la verdad lo único que me resalta es que todo lo que se hizo era pa’ dejar familia en que se pudiera compartir, que antes era un caos y yo viví un tiempo de tranquilidad con mis padres mis hermanos y la verdad que de a poco que se ha ido perdiendo”

“E: Ésta, que es una familia bien típica de año sesenta, o sea fíjate que es una familia, yo no la encuentro gris ¿ah? Porque, porque es una foto malita, digamos, está desenfocada y todo el asunto, ¿ah? Pero es una familia contenta poh, es una familia constituida con papá, mamá, hijos y etc”

Es finalmente al preguntarse por “las fotos que faltan” que aparecen las posiciones más cerradas de derecha, y la referencia a imágenes que más bien formarían parte de las memorias de derecha, a veces las mismas que circularon durante el régimen militar para justificar sus acciones:

“L: No, yo creo que falta mi súper amigo Allende, que fue el que en el fondo llevó al golpe, el responsable del golpe...”

MC: Y pondrías a

E: A Allende con metralleta

L: Claro

E: Esa está buena”

“creo que me falta una foto donde muestre el odio que existía en ese tiempo.

J: Pero esta parece que esa po’ ¿o no?

V: No si es la misma. Es escasos eso.

D: No encuentro una foto que me hable del odio, al contrario, aparece una familia. Esa me parece una familia no un odio.

“V: Yo dejaría una foto donde saliera Pinochet asumiendo el mando salvando a todos los chilenos del comunismo. Y la otra es pasando a la democracia. ¿Qué dic-ta-dor da el paso voluntario a la democracia? Esas son las cosas importantes”

Discusión

Una vez desvinculadas del dispositivo inicial de la historia de vida, en que las imágenes habían sido interpretadas desde la riqueza en matices y re-lecturas del pasado dictatorial, las mismas, presentadas a los grupos de discusión, retoman su lugar en las memorias emblemáticas, ya sea para confirmarlas (en la izquierda) o cuestionarlas (en la derecha). Los grupos de discusión, llamados a representar los discursos del sentido común, sugieren así la persistencia de los esquemas antes explicados con los que las memorias dominantes dan relevancia a ciertas violencias y ciertos personajes, invisibilizando otros. En el entendido de que las violencias no pueden, en ninguna de sus formas, dejar de ser parte de la discusión actual sobre la dictadura, los hallazgos preliminares que surgen de este ejercicio apuntan más que a la crítica de las memorias emblemáticas, a la discusión sobre los matices y los temas pendientes que, al parecer, circulan en el espacio social.

La posición política resulta así, en los grupos de discusión, una variable más relevante que la posición generacional o la adscripción territorial, en lo que termina por ser, finalmente, un diálogo de sordos. Los grupos de discusión de izquierda y de derecha dan cuenta de diferencias en todos los aspectos del

dispositivo en relación a las imágenes. Ambos seleccionan fotos distintas, y cuando coinciden, ofrecen interpretaciones distintas. Más allá de lo evidente, un aspecto a destacar de estas interpretaciones es que la izquierda intenta distinguir entre distintas formas de violencia. A pesar de la relevancia que mantiene la violencia física ejercida sobre los cuerpos, la violencia se ubica también en lo simbólico (el bombardeo a La Moneda, el heroísmo de Salvador Allende) y lo cultural (el surgimiento y permanencia de un lenguaje violento). La derecha, en cambio, tiende contra-interpretar las mismas imágenes, y cuando aparecen imágenes que no aluden a los contenidos más visibilizados de la violencia, producen una interpretación acorde a ellos, buscando en las mismas aquello que pueda parecer una “denuncia” por parte de la izquierda. En ambos grupos, las imágenes que “faltan” pueden dar también algunas pistas para observar los avances y desafíos pendientes de las políticas de memoria, pues mientras la izquierda da cuenta de la falta de imágenes sobre la resistencia, la derecha aprovecha la instancia para instalar aquellas imágenes que fueron difundidas hasta el cansancio por los medios oficiales como justificación permanente del gobierno dictatorial.

Sin ánimo de aventurarnos en nuevas o mejores formas de acercarnos a los diferentes sectores políticos, nos atrevemos a preguntarnos por las posibilidades de tender puentes entre las memorias cotidianas y las memorias emblemáticas que, hasta aquí, aparecen notoriamente desvinculadas, un camino que recién empieza a vislumbrarse en dirección a un hacer memoria que, sin ser necesariamente conciliador, resulte efectivo en la tarea convocar a distintos actores y producir interpretaciones del pasado útiles para comprender el presente.

Bibliografía

- Bal, M. (2004): El esencialismo visual y el objeto de los estudios visuales. *Estudios Visuales*, No. 2, pp. 11-49.
- Canales, M. (2006). El grupo de discusión y el grupo focal. En M. Canales (Ed.), *Metodologías de investigación social. Introducción a los oficios* (pp. 265-287). Santiago: LOM Ediciones.
- Chalfen, R. (2000): Interpreting Family Photography as Pictorial Communication. En Prosser, J. (ed.) (2000): *Image-based Research. A Sourcebook for Qualitative Research*. New York: Routledge
- Da Silva, L.(2010). Exponer lo invisible. Una etnografía sobre la transformación de Centros Clandestinos de Detención en Sitios de Memoria en Córdoba-Argentina. En Medalla, T, Peirano, A, Ruiz, O y Walch, R (Eds.), *Recordar para pensar-Memoria para la democracia. La elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina*. Santiago: Ediciones Böll Cono Sur.
- Ibáñez, J. (1992). *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*. Madrid: Siglo XXI.
- Hernández, P. y Blanco, A. (2005) Violencia política y trauma psicosocial. En Blanco, A., del Águila, R., y Sabucedo, J.M. (Eds.) *Madrid 11-M. Un análisis del mal y sus consecuencias* (pp. 281-310). Madrid: Trotta.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI España Editores.
- López, L. (2010). Lugares de memoria de las violaciones a los derechos humanos: más allá de sus límites. En Medalla, T, Peirano, A, Ruiz, O y Walch, R (Eds.) *Recordar para pensar-Memoria*

para la democracia. La elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina. Santiago: Ediciones Böll Cono Sur.

Reyes, M. J. (2009). Política de memoria como producción cotidiana: la despolitización y la privatización del pasado reciente en el Chile actual. Tesis Doctoral no publicada, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.

Reyes, M.J. (2010). Pasado/presente en el Chile de hoy: Políticas de memoria en los discursos cotidianos. En Medalla, T, Peirano, A, Ruiz, O y Walch, R (Eds.) *Recordar para pensar-Memoria para la democracia. La elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina.* Santiago: Ediciones Böll Cono Sur.

Ricoeur, P. (1994). *Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica, en Historia y Literatura.* Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México.

Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido.* Madrid: Editorial Trotta.